

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

30
CTS



CHARLES MURRAY
GEORGE SIDNEY - JOAN PEERS
LARRY KENT
EDICIONES BISTAGNE

**CARA
O CRUZ**

CARA O CRUZ

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:
AÑO II Francisco-Mario Bistagne NÚM. 37

AROUND THE CORNER 1930

CARA O CRUZ

Interesante asunto, interpretado por
Charles Murray, George Sidney,
Joan Peers, Larry Kent, etc.

DIR BEAT GLENNON



Exclusiva de
Renacimiento Films

Barcelona: Aragón, 219

Madrid: San Marcos, 42

POSTAL - REGALO: CONCHITA MONTENEGRO

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

SURCO

Prohibida la
reproducción

Cara o cruz

Argumento de la película

I

Hacía una hora escasa que había abierto Faaplan su establecimiento de compraventa, cuando bajó Ford, enfundado en su uniforme de guardia.

—Buenos días, Faaplan.

—¡Hola, Ford!

—Y conste que digo buenos días, siguiendo la costumbre, pues no son buenos precisamente.

—¿Qué mosca te ha picado, Ford?

—¿Qué mosca ha de ser estando tú en casa?

—¿Sería extraño que me permitieras digerir una mañana el desayuno?

—Así se te convierta en un adoquín.

—¡Cuidado que eres guardia!

—¿Qué tienes que decir de los guardias, usurero?

—Pero, ¿se puede saber en qué te he ofendido?

—Eso quisieras tú, saberlo. Pero te quedarás con las ganas y estarás toda la mañana cavilando.

—¿Cavilando yo? ¡Ja, ja!

—Por si acaso, ahí te quedas.

Y volvió a Faaplan la espalda y salió de la tienda, dejándolo preocupado como era su propósito.

Diez años hacía que vivían en la misma casa para compartir el gasto del alquiler, y en los diez años no pasaba día sin que hubiera entre ellos alguna terrible disputa.

Si Ford se levantaba antes que Faaplan, era éste el que promovía el San Quintín. Si Faaplan tomaba a Ford la delantera, tocaba el turno al policía.

A la hora de comer volvían a reunirse y entonces reanudaban la disputa que habían comenzado al levantarse. Por la noche so-



... no pasaba día sin que hubiera entre ellos alguna terrible disputa.

lían hacer las paces con objeto de dormir tranquilos.

Y ya se habían acostumbrado de tal modo a discutir y recriminarse, que a veces, después de decirse todas las palabras que no suelen constar en ningún diccionario, se

daban cuenta que ignoraban el motivo de la disputa. Pero en la mayoría de los casos el motivo existía. Era un motivo cualquiera, pues todo bastaba para despertar en ambos una obscura rivalidad y un fuerte espíritu de contradicción.

* * *

Aquella mañana se levantaron los dos al mismo tiempo, por una de esas casualidades y se encontraron ante el problema de no saber a quién le correspondía comenzar la disputa, por lo cual comenzaron a bajar la escalera, muy tristes y pensativos.

Pero al llegar a la puerta de la calle algo levantó el espíritu de ambos como por efecto de una descarga eléctrica.

En el portal había una canastilla, de en medio de cuyas ropas parecía salir algo así como el gemido de un gato recién nacido.

—Ahí dentro hay algo—dijo Faaplan.

—¡Naturalmente que hay algo!—replicó Ford.

Y acostumbrado, como policía, a afrontar toda clase de peligros, se inclinó y apartó las ropas de la canastilla.

Asomó una cabecita muy pelada, con los ojitos cerrados y haciendo esfuerzos inauditos para lanzar unos sollozos que no se oían desde más de dos pasos de distancia.

—Es un niño—dijo Faaplan.

—¡O una niña!—contestó Ford.

—Da lo mismo.

—¿Cómo ha de dar lo mismo si es todo lo contrario?

—Bueno; no discutamos ahora. Hay que auxiliar en seguida a esta criatura. Llevémosla a la trastienda y allí decidiremos lo que se ha de hacer.

Al cabo de media hora de enconada discusión se habían puesto de acuerdo en adoptar a la niña, pues niña era, pero en seguida surgió un segundo motivo de discordia. Faaplan quería que se llamara Faaplan y Ford quería que se llamara Ford, es de-

cir, que cada uno deseaba figurar legalmente como padre adoptivo.

En esta discusión se hallaban cuando pe-



—Es un niño.

netró en el establecimiento un cliente, el cual después de mirar a un lado y a otro y ver que allí no había más personas que

aquellos dos hombres que estaban discutiendo en la trastienda, cogió tranquilamente un jarrón que era uno de los centenares de objetos que se amontonaban en la tienda, salió a la calle con él y volvió a entrar tosiendo y pisando fuerte.

Después comenzó a dar voces reclamando la presencia del dueño y, cuando éste compareció, suspendiendo, muy a pesar suyo, su discusión con Ford, le ofreció el jarrón al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Qué da usted por él?

Faaplan lo examinó detenidamente e hizo un gesto despectivo.

—No vale nada, pero como hará pareja con otro igual que tengo, le daré diez dólares.

—Perfectamente. Vengan esos diez dólares.

Se los entregó Faaplan, y el cliente, profundamente conmovido, exclamó:

—Caballero, estos diez dólares me sacan de un gran apuro y quiero demostrarle mi gratitud. Todo lo que poseo es esta curiosa moneda de cobre con dos caras. Se la regalo.

Y le entregó la moneda, marchándose en seguida.

Faaplan quedó pensativo, con la moneda en la mano, dándole vueltas. Surgió en su mente, de súbito, una idea luminosa y volvió a la trastienda.

—Querido Ford, he hallado un medio de zanjar esta discusión desagradable. Dejemos la decisión a la suerte. Yo echaré al aire una moneda y si sale cara se llamará como yo quiero y si sale cruz llevará el nombre que dices.

—¡Conforme!

Y Faaplan, conteniendo la risa, echó al aire la moneda de dos caras, y, naturalmente ganó.

Volvió a entablarse una viva discusión acerca del nombre de pila, pero también la moneda dió su fallo favorable a Faaplan, de modo que se llamó Rosa, como el dueño de la tienda quería.

La noche pasó sin novedad. La mañana era tranquila y soleada. La gente iba y venía por la calle, y el sol brillaba en el cielo.

II

Han pasado diez y ocho años. Ford se levanta silenciosamente y se dirige a la cocina. Hoy no le tomará Faaplan la delantera y será él el que prepare a Rosa el desayuno.

Pero al llegar a la cocina, ve que ya está allí Faaplan, que le recibe con una sonrisita de burla.

—Veremos quién se ríe mañana—dice Ford agriamente.

—Veremos.

—Dormiré en la cocina.

—Y yo permaneceré en la cocina sin dormir.

Pero entonces se da cuenta de que un plato del desayuno está ya preparado y alarga el brazo sigilosamente y se apodera de él.

—¡Eh! ¡Eso es traición! El plato me pertenece.

—Yo sacaré las pastas. Tú te quedas con el té.

Pero esta vez es lo mismo que lo saque uno que otro, pues Rosa no está aún en el comedor.

Sale cuando ya está la mesa preparada y sentados a ella Faaplan y Ford.

—Buenos días, papás.

Y no sabe a quién besar primero porque sabe que si besa a Ford se enfadará Faaplan y si besa a Faaplan se enfadará Ford. Por fin, decide no besar a ninguno y se sienta, dando lugar a que los dos quieran servirle el té. Otra vez surte la contienda y otra vez se ve precisada Rosa a usar de su ingenio para resolver la paz.

—Rosa — dice Faaplan después de un breve silencio —, esta noche tenemos baile en el barrio y mi sobrino Levine tiene interés en que vayas.

—Tu sobrino Levine — responde Ford — no ha de adelantar nada, porque Rosa preferirá a mi sobrino Portland, que es un gran boxeador.

—Tu sobrino Porland no es boxeador ni nada y Rosa hará bien en darle unas calabazas tan gordas como esta mesa.

Se caldean los ánimos y la disputa ad-



... si besa a Ford se enfadará Faaplan.

quiere proporciones desmesuradas. Por fin Faaplan soluciona la cuestión arrojando al aire la moneda, y, naturalmente, ganando.

Pero Rosa, que ha seguido con atención toda la escena, cree llegado el momento de decir:

—Esa discusión es inútil porque no me casaré con ninguno de los dos. Me casaré con el hombre que yo elija.

Consternación de los dos padres adopti-



... otra vez surge la contienda.

vos y nueva consternación en seguida porque Rosa no quiere ir al baile.

Se entabla por este motivo una discusión en la que Rosa toma parte activa, y, finalmente, accede la muchacha a ir al baile,

con tal de que la acompañen Faaplan y Ford.

* * *

Como el baile es de máscaras, Faaplan y Ford tuvieron necesidad de disfrazarse y el policía adoptó un disfraz de arquero y Faaplan se vistió de párvulo, lo cual hacía un violento contraste con sus bigotes.

Allí se encontraron con los dos sobrinos que se apresuraron a hacer guardia a Rosa, no dejándola un momento libre en toda la noche.

Faaplan y Ford se fueron a la sala de juego y uno de ellos se sentó en la mesa de pocker, en tanto el otro permanecía de pie detrás de los puntos.

Era una combinación que habían ideado para ganar infaliblemente. Faaplan revelaría por señas a Ford las cartas que tenían sus contrarios y “el arquero” sabría a qué atenerse.

En efecto, a las primeras de cambio dieron a Ford buenas cartas y entró muy decidido con otro punto que también las tenía buenas.

Entre las del contrario había dos reyes, y como Faaplan no encontraba el modo de revelárselo por señas a Ford, le dijo:

—¿Recuerdas aquellos dos reyes que lucharon en el campo de batalla como simples soldados? Pues así has de luchar tú ahora.

Y subrayó las palabras *dos reyes* de tal modo, que Ford le comprendió en seguida y los puntos empezaron a escamarse.

Cuando Ford volvió a entrar, Faaplan tuvo que decirle que en aviación había tres grandes ases, y otra vez, que había vivido en una casa con dos sotabancos.

Todo ello hacía tan poca gracia a los jugadores, que comenzaban a fulminar con sus miradas al “párvulo bigotudo”, el cual, como niño, se hacía el inocente.

Entretanto, en la sala de baile había estallado un serio conflicto entre Levine y Porland, pues los dos querían que Rosa les concediera el primer baile.

Ella, para solucionar el conflicto, envió a

uno por refresco, pero entonces el otro quiso ser él el que le hiciera aquel pequeño servicio, y Rosa tuvo que enviarlos a los dos para que la sala de baile no se convirtiera en ring de boxeo.

—Tráiganme un refresco cada uno.

Y los dos echaron a correr para tomar al otro la delantera.

Entró entonces en la sala un joven con uniforme de chofer y sus pies le llevaron junto a Rosa.

Se quedó mirando admirativamente a la muchacha. ¡Preciosa criatura! Buena entrada había tenido.

La música comenzó a tocar, y el chofer aprovechó la ocasión para pedir el baile a aquella joven que tan gratamente le había impresionado.

—¿Me hace usted el honor de concederme este baile, señorita?

Rosa le miró un momento. Aquel rápido examen le permitió darse cuenta de que el aspecto del solicitante le era sumamente simpático. No obstante, repuso:

—No puedo. Lo tengo comprometido.

—Sin duda, su caballero se ha olvidado de su concesión.

—No, señor. Vendrá en seguida. Ha ido por un refresco.

—Siquiera, hágame el obsequio de bailar conmigo hasta que ese afortunado caballero llegue.

Accedió Rosa y así pudo ratificarse en su impresión de que aquel joven se ajustaba en todo al ideal que se había forjado.

Bailaban y charlaban.

Supo Rosa que él se llamaba Carlos y Carlos supo que ella se llamaba Rosa.

Tan absortos estaban en su conversación que no se dieron cuenta de la llegada de dos jóvenes, cada uno con un refresco, que dirigieron a la pareja una mirada rencorosa.

—Nos ha tomado el pelo—exclamó Portland.

—Nos ha engañado con un vulgar chofer.
¡Oh, si yo fuera boxeador como tú!

—¿Qué harías?

—Le rompería las narices a ese niño bonito.

—¡Hombre, me has dado una idea! Voy a rompérselas yo.

Y, cuando la música cesó, se dirigió a Carlos airadamente.

—Con esa joven no baila nadie estando yo aquí.

—Con esta señorita, puede bailar el que ella le conceda ese honor.

—Le digo a usted que *nones*.

—Y yo le contesto que pares.

—¿Se empeña usted en probar mis puños?

—Ya que usted los ha nombrado, no tengo ningún inconveniente.

Y la que allí se armó entonces, recordó aquella célebre velada en que Tuney arrebató a Dempsey el título de campeón.

Al mismo tiempo, en la sala de juego, cansados los jugadores de regalar su dinero a Ford se reprodujo la guerra del Peloponésico, y los puñetazos se repartían por docenas.

Así terminó aquella fiesta que había de ser para Rosa memorable.

III

Levine había ido a visitar a su tío para darle la infiusta nueva.

Rosa era novia de Carlos. Se veían diametralmente. El la llevaba a pasear en el automóvil de sus dueños. Su causa estaba perdida.

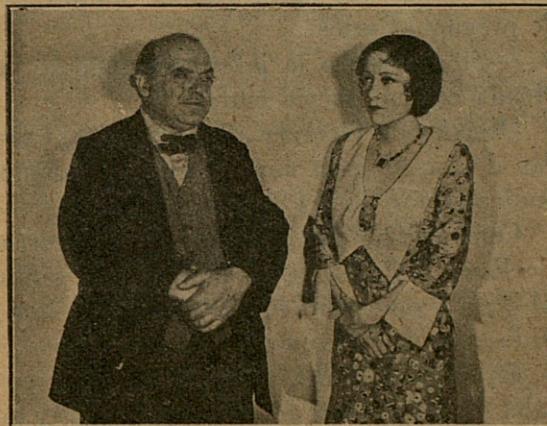
Faaplan recibió la noticia con el natural desagrado, y en seguida llamó a Rosa para afeiarle su conducta.

—Teniendo aquí un hombre como éste—le dijo señalando a Levine—vas a buscar a un pobre chofer que no sirve más que para hinchar neumáticos. Eres una loca y una ingrata.

—Papá Faaplan, en eso me rebelo a obe-

decer. Carlos es el elegido de mi corazón y con él me he de casar.

—¡Eso será lo que cante un gallo!—declaró Levine—. Portland, que está en plena



—Carlos es el elegido de mi corazón...

forma, le romperá a tu novio las costillas si no rompe contigo inmediatamente.

—Portland se guardará muy bien de molestar a Carlos si tiene interés en conservar completa la dentadura.

—Ya veremos.

Y Rosa se fué a su cuarto, se arregló un poco y salió a la calle.

En la esquina la esperaba Carlos con el coche y Rosa subió, como de costumbre.

—¿Tienes que hacer alguna compra? — le preguntó Carlos.

—Sí — repuso la joven, indicándole la tienda en que quería entrar.

Después de recorrer algunas calles, Carlos detuvo el auto ante el establecimiento indicado por Rosa y la joven bajó.

Como solía ocurrirle cuando estaba cerca de Rosa, a Carlos se le había ido el santo al cielo y no se dió cuenta que había detenido el coche junto a una boca de riego.

En cambio, Ford, que precisamente estaba de servicio en aquel trozo de calle, lo advirtió en seguida, y al ver que era Carlos el autor de la falta, se acercó a él muy sonriente.

—¡Hola, joven!

—Buenos días, señor Ford.

—Conque *señor* Ford ¿eh? ¡Bravo, hombre, bravo! Voy a tener el gusto de darle una buena noticia. Usted sabe muy bien que en los Estados Unidos existe una orden

que prohíbe a los conductores de automóviles detenerse junto a las bocas de riego.

—Le ruego me perdone —dijo disponiéndose a poner el automóvil en marcha.

Pero Ford le cogió de un brazo.

—Es ya demasiado tarde, pollito. Usted ha violado la Ley y ha de pagar su yerro.

Y, con mucha cachaza, sacó el cuaderno de notas y el lápiz y apuntó el número del coche.

—Habrá de pagar usted una multa.

—¡Qué le vamos a hacer! —repuso Carlos resignadamente.

—Ahora tenga la bondad de mostrarme su carnet de chofer.

Se alteraron las facciones de Carlos.

—¿Para qué quiere usted mi carnet? Ya sabe mi nombre. Le aseguro que pagaré la multa.

—Es que si no lleva usted sus documentos en regla, la multa será triple.

—Bueno, la pagaré triple.

—¿De modo que teme usted mostrar el carnet? Comprenderá usted que ahora más que nunca necesito verlo.

No tuvo Carlos más remedio que obedec-

cer. Entregó el carnet al policía y esperó anhelante el resultado de la investigación.

Ford se quedó estupefacto. En la casilla del nombre leyó: "Tomás Sinclair" y poco después, "Avenida de los Millonarios, 140".

—¡Ah, caramba! ¿De modo que es usted hijo de míster Sinclair y ese uniforme de chofer lo usa para engañar a la gente?

—Le suplico que no diga nada a Rosa. Yo les explicaré a ustedes. Me disfracé para asistir al baile. Después, comprendiendo que Rosa no me querría si sabía quién era, seguí fingiéndome chofer. Pero les aseguro a ustedes que amo a Rosa de verdad y me casaré con ella.

—¿Casarse usted con Rosa? ¡No me haga reír! Rosa se casará con Portland, mi sobrino, que ha prometido romperle a usted algunos huesos como no deje en paz a mi hija adoptiva.

Y, sin cesar de reír, devolvió a Sinclair el carnet y se fué a dar un paseo por el trozo de calle que se le había designado.

Cuando salió Rosa, le contó parte de lo ocurrido, es decir, todo menos lo que podía revelar a su novia su verdadera personali-

dad, y ella comenzó a trinar contra papá Ford, prometiendo que se vengaría, dándole celos con papá Faaplan.

—Lo que más me ha molestado es que su sobrino va echando bravatas contra mí. ¿Sabes si es eso verdad?

—Sí. Esta mañana me he enterado de que pretende dejarte sin costillas.

—A ese le voy a ajustar yo las cuentas.

Dieron un paseo y cuando "Carlos" condujo el auto a casa de su novia, para dejarla allí, vió que en la tienda estaban Levine y Portland, charlando animadamente.

Sin que Rosa lo pudiera evitar, su novio bajó del auto y penetró en la tienda, encrándose con el boxeador:

—¿Es usted el que va diciendo que quiere dejarme sin costillas?

—Sí, señor. ¿Qué pasa?

—Pues pasa que me lo va a demostrar usted ahora mismo si no quiere que le salte un ojo.

—De modo que es usted saltimbanqui?

—Soy un hombre que desea vivamente trasladarle las narices a la coronilla.

—Para luego es tarde—dijo Porland disponiéndose a quitarse la americana.

Pero Levine le detuvo.

—¡Alto! Aquí no podéis pelear porque es peligroso para el contenido de la tienda.

—Pues en la calle—repuso “Carlos”.

—¡Tampoco! Os detendrían por escándalo en la vía pública.

—¡Pues hemos de pelear!—bramó Porland.

—Y pelearéis, pero en regla. Desde este momento soy yo tu manager y me comprometo a ofrecerte un combate con este señor en el plazo de quince días.

Y preguntó dirigiéndose a Carlos:

—¿Está usted conforme?

—Ya lo creo. Aceptaré las condiciones que ustedes propongan. A veinte, a cuarenta, a cincuenta rounds. Cuantos más rounds mejor.

—Me sobra con medio para hacerle morder el polvo—dijo Porland sonriendo burlonamente.

—El que va a morder, pero de rabia, va a ser usted, rinoceronte.

Y pronunciada esta selvática frase, Sin-

clair se despidió de Rosa y se fué, seguido por las carcajadas de Porland, carcajadas que sólo un oído muy fino podía distinguirlas de los ronquidos del cerdo.

IV

Cuando papá Ford llegó a casa le faltó el tiempo para dar a Rosa la noticia de que Carlos no era Carlos, sino Tomás Sinclair, hijo del famoso millonario.

Rosa se quedó estupefacta. No podía dar crédito a lo que oía. Tenía una fe ciega en la bondad y en la rectitud de conciencia de Carlos, porque sólo pruebas de ello había recibido, y se decía que aquel hombre no podía haberla engañado.

Pero ante la insistencia y el tono sincero que el policía empleaba—si algún defecto tenía Ford no era precisamente el de mentir—tuvo que rendirse a la evidencia y entonces la invadió un profundo desaliento,

una pena tan honda que ni siquiera tenía fuerzas para llorar.

Lo que ella no se atrevía a pensar, se lo



Cuando papá Ford llegó a casa...

fueron diciendo Faaplan y Ford. Ahora estaría convencida de que aquel Carlos no era el hombre que ella necesitaba. Si Tomás ha-

bía adoptado aquel modesto disfraz era sencillamente para poder adentrarse en su corazón sin infundirle sospechas acerca de sus propósitos y abandonarla una vez logrados, como habría abandonado a tantas otras.

Después ¿qué podría hacer una pobre muchacha contra el hijo de uno de los hombres más poderosos de Norteamérica, uno de esos hombres que en vez de palabras sueltan miles de dólares? Desdichado del que entablará pleito con una persona de esa categoría. Terminarían por encerrarlo a él en la cárcel. Con dinero se compran los testigos, personas desaprensivas que son capaces de levantar las más tremendas calumnias por un puñado de billetes. Menos mal que habían llegado a tiempo; menos mal que habían descubierto al bandido antes de que realizara el robo de una honra.

Rosa estaba absorta, anonadada, sumida en una mar de negros pensamientos. Pero en medio de tanta negrura, fué poco a poco brillando, cada vez con más intensidad, una luz de confianza.

Algo que estaba muy dentro de ella, muy en el fondo de su alma, la hacía rebelarse

contra aquellas ideas que eran un insulto para... Tomás, Tomás o Carlos, millonario o chofer, ella no podía creer en que aquel hombre era un malvado. Ella había visto sus ojos muy de cerca y en ellos sólo claridades de generosidad y de nobleza había descubierto, ella había escuchado aquellas palabras tan dulces, tan respetuosas, tan llenas de amor que su novio le había dirigido, sin que jamás se dejara traslucir en ellas la sombra de un deseo impuro.

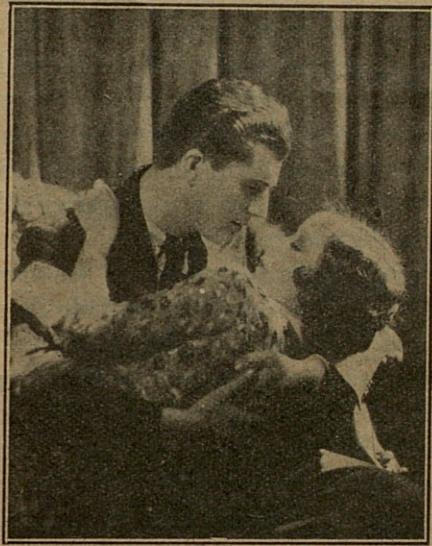
Además recordaba que en las diversas ocasiones en que le había hablado de su familia, él procuraba desviar la conversación con una turbación que entonces no podía comprender y que ahora comprendía perfectamente. Era, ni más ni menos, el dolor de haberla tenido que engañar para llegar hasta ella y el arrepentimiento de haber usado del engaño ante una mujer a la que adoraba con amor acendrado.

¡No! No podía ser Tomás el hombre que Ford y Faaplan describían.

Y con esta convicción, se levantó y repuso:

—Habéis logrado que renuncie a casarme

con él, pero no conseguiréis que le odie porque Tomás Sinclair no es el hombre que decís.



... sin que jamás se dejara traslucir la sombra de un deseo impuro.

Faaplan y Ford se quedaron estupefactos. Se miraron con los ojos muy abiertos.

—Y otra cosa os he de advertir. Podré

no casarme con Tomás Sinclair, pero tampoco seré la esposa de ninguno de vuestros dos sobrinos.

Y, dando media vuelta, les dejó plantados.

* * *

Conforme se acercaba el día fijado para el match de boxeo, la confianza de Rosa en las intenciones de Tomás se iban acentuando, a pesar de que desde entonces, se negó a abrir sus cartas y menos a recibirla.

No salía de casa para no encontrarse con él y estaba decidida a que sus relaciones no continuaran, pero... le seguía amando y reconocía que ello era un peligro para la firmeza de su determinación.

Llegó por fin la víspera del match. Desde su cuarto de donde apenas salía, oyó Rosa una conversación que la llenó de inquietud.

—Mañana es el gran día — dijo papá Ford.

—No me importa mucho que gane tu sobrino, pero sí que le dé una buena paliza a ese sinvergüenza de Sinclair.

—Porland dice que no quiere tumbarlo en seguida, porque así tendrá tiempo de hundirle todas las costillas, de romperle el hueso de la nariz y de partirle las dos orejas. Cuando haya hecho todo eso, le dará un golpe en la barbillla y lo enviará a la región de los sueños.

—Eso es demasiado presumir. Porland hará bien en tumbarlo cuanto antes porque, de lo contrario, se expone a que un golpe afortunado de Sinclair le ponga en ridículo y en posición horizontal.

—Ese mequetrefe no pone en posición horizontal ni siquiera a una hormiga.

—No es tan flojo como todo eso.

—Te digo que Porland cumplirá su pronóstico. Las costillas hundidas. La nariz, las cejas y las orejas partidas y echando sangre. Todos los dientes, y acaso también los colmillos, en la alfombra.

—La moneda dirá si va a suceder así.

Como yo digo que no, si sale cara es que no, y si sale cruz quiere decir que sí.

—De acuerdo.

Lanzó Faaplan la moneda al aire y, naturalmente, el pronóstico fué favorable a él, con lo que Ford quedó bastante amoscadío. Ya le iba fastidiando a él que Faaplan acertara siempre la posición en que había de quedar la moneda.

Rosa estaba aterrada. Los pronósticos de Porland eran espantosos. La horrorizaba el pensar que pudieran cometer en la persona de Tomás semejantes herejías.

¡Si ella encontrara un medio de evitar el combate!...

Estuvo algunas horas cavilando sin resultado positivo. Por fin tuvo una idea. ¡Si ella hablara con el padre de Sinclair!... Pero eso no era nada fácil. Sinclair era un poderoso industrial, una de las grandes personalidades de Norteamérica. ¿Conseguiría ella, pobre y humilde muchacha, ser recibida por él? ¿Tendría valor siquiera para intentarlo?

Se estuvo debatiendo largo rato en estas

vacilaciones, pero al fin triunfó el amor y se dirigió a la avenida de los millonarios.

La emoción le ahogaba cuando se vió en el suntuoso vestíbulo frente a un criado que le preguntaba:

—¿Qué desea usted?

—Necesitaba hablar con el señor Sinclair.

—El señor está siempre muy ocupado y dudo de que quiera recibirla.

—Dígale que su hijo está en peligro y que vengo a avisarle.

—Así es posible que la reciba.

En efecto, el criado, que se había marchado hacia las habitaciones interiores de la casa, reapareció en seguida para decirle que podía pasar, y Rosa tuvo que hacer un gran esfuerzo para sostenerse sobre sus piernas, cuando traspuso el umbral del despacho.

—Señor—le dijo—. No le importe a usted quién soy yo. Sepa tan sólo que mañana ha de celebrarse un combate de boxeo en el que su hijo toma parte contra un profesional, que ha prometido castigarle duramente.

Contra lo que Rosa esperaba el millonario se echó a reír.

—En cuanto a lo primero, le diré que me basta verla para comprender que ama usted a mi hijo y que tiene gran corazón. Respecto a lo segundo, sólo puedo decirle que el que acaso salga con las costillas hundidas, sea ese profesional del pugilismo.

—¡Oh, es usted como él! No tienen miedo a nada. Tomás no es boxeador. De nada le servirá su valentía ante la técnica de un profesional. Usted debe impedir que su hijo boxee mañana.

—¿Cómo se llama usted?

—Rosa—repuso la joven un tanto desconcertada por la inopinada salida del millonario.

—Pues bien, Rosa. Mañana, media hora antes del combate venga aquí. Iremos juntos a ver la pelea y presenciaremos el triunfo de Tomás.

—Pero...

—Haga usted lo que le digo. ¿Me promete hacerlo?

—Se lo prometo—repuso Rosa completa-

mente dominada por la franqueza y la energía de aquel hombre.

* * *

El local estaba lleno. La gente había acudido a ver combatir al hijo de un millonario, espectáculo que no se ofrece todos los días.

En primera fila, estaban Rosa y el señor Sinclair, charlando tan cordialmente como si se conocieran desde años atrás.

Le hizo el millonario importantes confidencias. El había cometido el error de casarse con una muchacha rica y distinguida y sólo encontró la paz cuando se divorció de ella. Por eso había recomendado siempre a Tomás que cuando quisiera una esposa, buscara una muchacha dulce, bondadosa y que le amara de verdad, sin preocuparse de cuánto tenía ni de qué apellido ostentaba.

Estas confesiones que para Rosa fueron sumamente conmovedoras, se interrumpie-

ron al aparecer los púgiles en el cuadrilátero y prorrumpir el público en aplausos estruendosos.

Desde este momento la pobre Rosa no hizo más que sufrir pensando que aquel esbelto y simpático joven que saludaba al público desde el ring tendría pronto las costillas hundidas y el rostro destrozado.

Tras los preliminares obligados, se reunieron los dos púgiles en el centro del ring, y antes de que Tomás tuviera tiempo de defenderse, el puño de Porland le alcanzó en pleno rostro enviándole al tapiz.

Rosa profirió un grito y entre el público se hizo un gran silencio.

—Uno... dos... tres...—comenzó a contar el árbitro.

Pero sucedió algo inesperado, Tomás abrió los ojos y vió allí mismo, en la primera fila, el rostro de Rosa. Y Rosa le dirigía una mirada llena de pena y de ternura.

Como si esta mirada hubiera sido un medicamento, Tomás se puso en pie, encajó valientemente una serie de Porland y, cuando éste esperaba verlo caer, Sinclair le dió un tremendo gancho en el estómago. Porland

se encogió y entonces la izquierda de Tomás llegó límpiamente a la mandíbula del contrincante, que se desplomó sobre el tapiz.

El árbitro contó hasta diez y levantó el brazo de Tomás en medio del delirio del público.

Poco después, el millonario y Rosa lograron llegar hasta el cuarto de Tomás y el señor Sinclair abrazó entusiasmado a su hijo.

Después se quedó mirando fijamente a Rosa y le dijo:

—Abrázale tú también. Ya sé que os amáis los dos.

Y a ellos no les costó ningún trabajo obedecer.

Se oyeron unas voces a la puerta del cuarto.

—Si es niño se llamará como yo.

—No, señor, llevará mi nombre.

—La moneda decidirá.

—Perfectamente.

Y Faaplan sacó la moneda del bolsillo del chaleco y quedó asombrado al ver que resultaba cruz.

Ford sonreía satisfecho.

—Como yo he ganado, no tengo inconveniente en decirte que te pillé la trampa y substituí la moneda de dos caras por otra de dos cruces.

Y Tomás y Rosa tuvieron que intervenir para que Faaplan y Ford no improvisaran un segundo combate de boxeo.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas, por Virginia Valli.
2. Madre pecadora, por Irene Rich.
3. Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol.
4. La Losa del Pasado, por Donald Keith y Helen Foster.
5. La mujer de Satanás, por Marcela Albani y Jack Trevor.
6. Jimmy, el misterioso, por William Haines y Leila Hyams.
7. Nueva mujer, nueva vida, por Dorothy Sebastián, Pat O'Malley y Harry Murray.
8. Amanecer, por George O'Brien y Janet Gaynor.
9. Tras la cortina, por Lois Moran, Warner Baxter, etc.
10. Los misterios de Londres (La divina pecadora), por Anita Stewart, Creighton Hale y Francis Ford.
11. En la vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe.
12. Honrarás a tu madre, por Mary Carr.
13. Nobleza baturra, por Ino Alcubierre.
14. Su Majestad El Amor, por Harry Liedtke, Edda Croy.
15. Amor siniestro, por Renée Adorée, Thomas Meighan.
16. Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y Alice Terry.
17. Ana contra el mundo, por Shirley Mason y Jack Mower.
18. La hermana blanca, por Lillian Gish y Ronald Colman.
19. De mujer a mujer, por Betty Compson y Clive Brook.
20. Mujeres frívolas, por Bárbara la Marr y Ramón Novarro.
21. No me olvides, por Bessie Love y Gareth Hughes.
22. El caballero del amor, por Eleanor Boardman y John Gilbert.
23. Estrellas fugaces, por Annete Benson, Brian Aherne, Donald Caltrip, etc.
24. Tobillos de oro, por Sue Carol, Marjorie White, El Brendel, Jack Mulhall, Richard Keene, etc.
25. En nombre de la amistad, por George Lewis, Andrés de Segurola, Juana Alcañiz, Juan Cumellas, etc.
26. El prisionero de Zenda, por Alice Terry, Bárbara La Marr, Ramón Novarro, Lewis Stone, etc.
27. Sendas traicioneras, por Lila Lee, Robert Ames, Montgomery Love, Edythe Chapman, etc.
28. El príncipe Stravos, por Harry Liedtke y Eva Evi.
29. Fútbol, amor y toros, por Blanquita Rodríguez y Ricardo Núñez.
30. Hombres peligrosos, por Warner Baxter, Catherine Owen Dale, Hilda Hopper, Claude Allisfer, etc.
31. Sed de cariño, por Leonore Ulric, Charles Bickford, etc.
32. Luna de miel, por Herald Paulsen, Margot Landa, etc.
33. Shari (la hechicera oriental), por Victor Me. Laglen, etc.
34. El príncipe de los diamantes, por Aileen Pringle, etc.
35. Una mujer en Wall Street, por Aileen Pringle, etc.
36. Las tres hermanas, por Louise Dresser, etc.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

ACABA de aparecer la tercera edición de

El precio de un beso

y la cuarta edición de

Del mismo barro

Muy en breve

Ladrón de amor

(Segunda edición)

Biografía novelada del ídolo de la pantalla sonora

José Mojica

(Quinta edición)

Encargue estas novelas desde ahora,
pues la demanda es crecidísima ya.

Se ha puesto a la venta con gran éxito, la

Colección de 6 postales

de

JOSÉ MOJICA

NOVELA TEATRAL

Novelación de las más famosas obras teatrales

Números publicados:

El proceso de Mary Dugan
(Bayard Weiller)

LA MADRE, (Santiago Rusiñol)

La florista de la Rambla
(Alfonso Roure)

Shanghai, (Jonh Colton)

El alcalde de Zalamea
(Pedro Calderón de la Barca)

Don Juan Tenorio (José Zorrilla)

El crimen de Juan Anderson (Annie Wise)

Manos de plata (F. Serrano Anguita)

La danzarina roja (Charles-Henri Hirsch)

La hija de Juan Simón (José María Granada)

La vecina del tercero (*La veña del terrat*) (Gasión A. Mántua)

Papá Gutiérrez (F. Serrano Anguita)

El niño de oro (José María Granada)

La muerte civil (por Pablo Giacometti)

El caballero inmoral (por M. Fontdevila)

La novicia de Santa Clara (por S. Vilaregui)

El crimen de Vera Mirtzewa (por L. M. U.)

¡Corpus! (por Alfonso Roure)

¡Novedad insuperable!

Lujosa presentación

Precio: 30 cts.

Ediciones especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

La Canción de la Estepa (agotándose)

El precio de un beso (3.^a edición)

La rapsodia del recuerdo

DelikatesSEN

Del mismo barro (4.^a edición)

Estrellados

Cuatro de infantería (Asunto de guerra contra la guerra)

Olimpia

Monsieur Sans-Gêne

Sombras de Gloria

Mamba

Ladrón de amor (3.^a edición)

Molly (La gran parada)

Acaba de aparecer la más emocionante novela publicada hasta la fecha

EL VALIENTE, por Juan Torena

En breve:

¡De frente... marchen!

y PRIM

Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva EVA
Publicación semanal

Precio: 30 cts.

Grandioso éxito de la nueva colección

ESTRELLAS DEL AMOR

Biografías noveladas de las grandes amadoras de la Historia

- Número 1: **LA DU BARRY**
» 2: **MESALINA**
» 3: **LUCRECIA BORGIA**
» 4: **FRINÉ**
» 5: **CATALINA II**
» 6: **SALOMÉ**
» 7: **LAS HIJAS DE LOT**
-

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

66-1114007 / 1578

Ediciones BISTAGNE

Passaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18661

BARCELONA